

1 *Jesucristo en la historia de los hombres y en la fe de la Iglesia*

1.1 *La cuestión del Jesús histórico* Aunque tenemos algunas noticias sobre Jesucristo a través de escritores no creyentes, las fuentes principales para el conocimiento de Jesús son los cuatro evangelios «cuya historicidad (la Iglesia) afirma sin dudar». Los evangelios atestiguan también la fe de las comunidades cristianas, pues los apóstoles comunicaron los dichos y hechos de Jesús «con la mayor comprensión que les daban la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad». Pero a través de la tradición oral y la redacción escrita se nos han transmitido «datos auténticos y genuinos acerca de Jesús» (*Dei Verbum* 18).

Podemos someter a los evangelios a los diversos criterios de historicidad (continuidad, discontinuidad, testimonio múltiple...), y así, sin pretender reconstruir una biografía detallada de Jesús, llegar a los aspectos nucleares de su mensaje y a los hechos decisivos de su existencia. De esta manera la fe cristiana arraiga en la historia, y el asentimiento creyente adquiere un

fundamento razonable: se basa en la pretensión de Jesús, definitivamente confirmada por el Padre que lo resucitó tras el aparente fracaso de la cruz. Jesús mismo y su estilo de vida se convierten en norma para nuestro propio vivir y para nuestra manera de comprometernos con nuestro momento histórico.

1.2 *La pretensión de Jesús La predicación del Reinado de Dios* El anuncio del Reinado de Dios constituyó el centro de la actividad de Jesús; así comienza su predicación: «El Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Noticia» (Mc 1,35).

Jesús considera a Dios como Señor y Rey, designaciones que se habían utilizado explícitamente en el Antiguo Testamento. *Adonây* (Señor) llegó a sustituir en el lenguaje hablado al nombre sagrado de Yahveh: *Kyrios*, en la biblia griega. A partir de la instauración de la monarquía en Israel, Dios comenzó a ser considerado como el Rey ideal que tiene como funciones destacadas la defensa de los humildes —del pobre, del indigente, del huérfano y la viuda—, y la preocupación por establecer la justicia (Sal 72, 146...).

La predicación del Reino comporta también, en labios de Jesús, la instauración de un nuevo orden de relaciones entre los hombres; las que se desprenden de considerar toda la ley concentrada en el mandamiento del amor.

La comunidad del Reino que se bosqueja en la actividad de Jesús engloba a publicanos, prostitutas, leprosos excluidos del trato social, viudas, niños, enfermos... Gentes de corazón roto, tristes, desanimados: *pobres* y personas mal vistas por la sociedad de su tiempo. A ellos se dirige la misión de Jesús, según se desprende de su respuesta a los enviados del Bautista: «los ciegos ven, y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Noticia» (Mt 11,4-5).

Jesús no limita su comunidad a un grupo de «puros»; la parábola de la cizaña es elocuente a este respecto. Llama a los pecadores: hay que buscar a la oveja perdida, no porque valiese más que el resto, sino precisamente porque se ha perdido, y la presencia de otras ovejas (hombres) no supele a la que falta (¡mientras que a nosotros nos sobran todos los que no pertenecen a nuestro pequeño grupo!).

Difundir la bondad de Dios Jesús invocó a Dios como *abbá*, cosa que no hizo ningún otro judío contemporáneo o anterior a él. El Talmud advierte que cuando un niño experimenta el gusto del trigo (o sea a partir del destete) aprende a decir *abbá* e *imma* (papá y mamá). Designación, pues,

entrañable y no necesariamente exenta de respeto, pero que un judío hubiera considerado sin duda excesivamente familiar para invocar a Dios. El uso del *abbá* revela un talante filial peculiar y exclusivo de Jesús: «Él habló de Dios como un hijo con su padre, con la misma sencillez, el mismo cariño, la misma seguridad. Cuando Jesús llama a Dios *abbá* nos revela cuál es el corazón de su relación con él» (J. JEREMIAS).

La invocación *abbá* pasa de labios de Jesús a labios de los cristianos (Rom 8,15; Gál 4,6). No debe conducir a una comportamiento intimista, sino a difundir la bondad del Padre. Así, en el discurso de la montaña, carta magna del Reino, ser perfectos como el Padre implica ser conciliadores porque él nos ha perdonado, guardar la fidelidad entre nosotros, amar incluso a los enemigos ya que el Padre «hace salir el sol sobre buenos y malos» (Mt 5). Las parábolas del padre de los dos hijos, de la oveja y la dracma perdidas (Lc 15) entrañan también la exigencia de que los hombres reflejemos en nuestro comportamiento recíproco las actitudes de un Dios que no es justiciero sino salvador y que da esperanza a los marginados. De un Dios, en definitiva, «preocupado por la suerte del hombre» (SCHILLEECKX).

Esta preocupación del hombre por el hombre a imitación de la de Dios ha de traducirse de una manera concreta. El hambre, la pobreza, la miseria y la opresión son enemigos del Reino. Quien se compromete por él ha de proponerse metas tangibles: alimentación, vivienda, comunicaciones,

escuelas, cuidados médicos, trabajo, salario justo...

Pero tenemos que comprometernos de tal manera que la fe en Dios como Padre no queda nunca oscurecida ni absorbida por las preocupaciones y contradicciones de la existencia. Cualquiera que sea la situación en que nos encontremos, siempre será posible abrirnos a la relación entrañable con Dios Padre. Este es probablemente el sentido profundo de la recomendación de Jesús acerca de la necesidad de evitar la preocupación superflua (Mt 6,25-34).

Vivir entre las manos de Dios Padre forma parte de los contenidos del Reino, y comporta la confianza en su amor, incluso cuando descubrimos con zozobra creciente la magnitud, el problema del mal y de la injusticia, así como nuestra insuficiencia para resolverlo. El Reino es en primer término don gratuito del Dios que se da, producto de su poder y de su bondad. Cuando Dios toma el mando de nuestra vida llena las ansias más profundas del corazón del hombre, de modo que podemos advertir con san Pablo que el Reino no consiste en comida ni bebida, sino en justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Rom 14,17).

Seguir a Jesús Las dos dimensiones que vamos considerando —intimidad con el Padre y servicio del Reino— se encuentran perfectamente entrelazadas en Jesucristo y sólo en él. Jesús es el Reino y únicamente a través de él conocemos los caminos por los que Dios extiende su Reinado.

El mismo Jesús consideró la referencia a su persona y la entrega a él

sin límites como la única mediación de salvación que había de sustituir y por otra parte consumir las instituciones judías más sagradas.

Jesús se puso por encima de la ley que para los judíos había llegado a ser como una especie de encarnación de Dios. Nadie se hubiera atrevido a contraponer a la autoridad de la Tora su propia autoridad. Jesús lo hizo: «Habéis oído que se dijo... Yo os digo». Aparece así la centralidad de Jesús que no se propone sojuzgar o dominar al hombre, sino conducirlo a su propia plenitud. El discurso sobre la superación de la ley desemboca en una llamada a la perfección (Mt 5,48). Ésta implica plenitud y consumación de sí, gracias a la participación en el propio ser de Cristo (Flp 3,8-12).

El templo era el sacramento de la presencia de Dios entre los judíos. Éstos encontraban en el templo, al que debían peregrinar anualmente y en el que tenían el santuario reservado para ellos con exclusión de los gentiles, un principio poderoso de unidad y de afirmación de la identidad nacional. Jesús se opuso a la teología del templo (Mc 13,2; 14,58; 15, 29,38; Hch 6,14; Jn 4,21), y habló de destruirlo y de reedificar otro que no fuera obra de manos humanas. Juan interpreta que Jesús hablaba del templo de su cuerpo (Jn 2,18-22). No era el templo, ni la concepción de la humanidad que su teología implicaba lo que conduciría al encuentro definitivo de los hombres con Dios.

Este encuentro se realiza centrándose en el mismo Jesús, que vincula el destino final de los hombres a la postura que se adopte frente a él:

«Quien se avergüence de mí y de mis palabras, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre» (Mc 8,38). Es necesario compartir el destino de Jesús hasta renunciar a sí mismo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8,34-35).

1.3 La muerte y la resurrección de Jesús La historicidad sustancial de los relatos evangélicos de la pasión está fuera de duda. Ninguna comunidad cristiana se hubiera creado a sí misma las dificultades que la pasión y muerte de Jesús suponían para la fe en él. Incluso después de aceptada la fe en la resurrección era necesario explicar a los primeros cristianos por qué había ocurrido la muerte ignominiosa del Señor. Los evangelios buscan esa explicación ante todo en los hechos mismos de los que se ocupan.

Jesús fue sometido a un doble proceso, ante el foro judío y ante el foro romano. Los judíos lo sometieron a juicio como consecuencia de la confrontación que se había ido gestando desde los comienzos de la predicación de Jesús. La postura de éste ante la ley, el templo, el sábado, su manera de tratar a los marginados y de someter a crítica a los dirigentes..., socavaba los fundamentos del mundo judío. Se podrá discutir si el diálogo de Mc 14,61-64 ocurrió literalmente como se nos narra, pero es indudable que corresponde a la visión de fondo se-

gún la cual el rechazo de la pretensión mesiánica de Jesús (y, en consecuencia, del estilo de vida que él inauguraba) fue la causa de su condena a muerte.

Esta fue ratificada por el tribunal romano, ante quien Jesús fue presentado como un agitador. La preocupación de los dominadores por sofocar cualquier movimiento de rebeldía en el mundo judío, tan revuelto en aquellos momentos, condujo a la sentencia de la cruz.

Es una cuestión abierta —y bastante ociosa— la de investigar a quiénes, judíos o romanos, cupo una responsabilidad mayor. Los evangelios se abren a una perspectiva de fe que nos concierne directamente: fue el pecado que se apodera del corazón del hombre (cf Lc 22,3; Jn 13,27) el verdadero causante de la muerte de Jesús.

¿Qué conciencia tuvo Jesús de su muerte? Jesús previó su final violento. Desde muy pronto fue acusado como blasfemo, endemoniado, quebrantador del precepto sabático (Mc 2,7.23; 3,22); se conspiraba contra él. Jesús se consideró profeta, y estuvo convencido de que le aguardaba la misma suerte que a los profetas, es decir, el martirio (Mt 23,29.35; Lc 11,47; 13,33). Aunque algunos de los anuncios puestos en boca de Jesús (en particular por Marcos: 8,31; 9,31; 10,33s) puedan ser considerados como profecías *ex eventu*, el Señor realizó otros muchos de manera indirecta por medio de símiles (alusiones al cáliz, a su bautismo, al pastor asesinado...) o locuciones enigmáticas (como la referida a Jonás). Esta multiplicidad de

testimonios considerados en su totalidad no deja lugar a dudas acerca de la procedencia del mismo Jesús.

¿Concibió Jesús su muerte como salvadora? No ha faltado quien, como Bultmann, haya pensado que Jesús se derrumbó ante su inminente fracaso. No podemos aceptar esta opinión. Si Jesús previó su muerte, tuvo que plantearse la cuestión de su sentido dentro de la postura de radical confianza en Dios que él predicaba. Los evangelios nos autorizan a afirmar que Jesús estuvo convencido de que su muerte no interrumpía la salvación de Dios. Así es muy significativo que en la cena de despedida entregase a los suyos, fortificándoles con este gesto, la copa de *salvación*: «Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba de nuevo en el Reino de Dios» (Mc 14,25). Las cosas no acabarían con su muerte.

Jesús murió como vivió. Su existencia estuvo caracterizada por una constante actitud de *servicio*, y por su compromiso en favor de los pecadores, traduciendo así el gran amor con que Dios busca y perdona a los pecadores. Así aparece en las parábolas de la misericordia (Lc 15), pero también en otras muchas (el fariseo y el publicano, el siervo perdonado y sin entrañas...), y en la conducta concreta de Jesús (perdón de la mujer adúltera, del buen ladrón, oración por quienes lo crucificaban...). Kasper señala con razón que el servicio de Jesús humanizaba ciertamente las relaciones entre los hombres, pero consistía ante todo en establecer la comunión con

Dios mediante el perdón de los pecados.

No es de extrañar que Jesús se sintiese obligado hasta el final con esta voluntad salvadora y buscase a los pecadores también en su muerte y mediante ella (SCHÜRMAN). De hecho, una interpretación muy antigua considera la muerte de Jesús a partir de la cena, como *diakonía*, servicio y disponibilidad de Jesús en favor de los suyos (véanse cuatro textos fundamentales: Mc 10,45; Lc 22,47; Lc 12,37b; Jn 13,1-20). Desde muy pronto se relacionó este servicio con la remisión de los pecados: «Murió por nuestros pecados» (1Co 15,3b). Tradiciones tan tempranas han de tener fundamento en el mismo Jesús histórico. Si no fuese así, Dios, por medio de la predicación ulterior habría dado a la muerte de su Hijo un significado que éste ni siquiera sospechó; no es de esta forma como el Dios de Jesús actúa respecto de los hombres.

Para realizar su mesianismo, Jesús, contra las expectativas de su tiempo, renunció a emplear el poder en provecho propio (no quiso convertir las piedras en pan); evitó utilizarlo para realizar un gesto deslumbrador (tirarse desde el pináculo del templo) que disipase las vacilaciones de quienes lo rodeaban; se negó a sojuzgar con un dominio coactivo a los pueblos de la tierra (Mt 4,1-11). El relato de las tentaciones, aunque modelado por la comunidad cristiana, nos hace ver el camino que Jesús eligió para cumplir su misión. No la afirmación dominadora, sino el servicio del amor. La muerte asumida sería la consecuencia última de esta manera de proceder:

«la realización del Reino de Dios por medio de la impotencia humana, de la riqueza mediante la pobreza, del amor en medio del abandono, de la plenitud en el vacío, de la vida a través de la muerte» (KASPER).

En su Bautismo en el Jordán, Jesús apareció entre los pecadores (Mt 3,13-17), y en la cruz llevó nuestros pecados en su cuerpo (1Pe 2,24). Con su muerte realizó el movimiento de desappropriación y entrega que fue antidoto por excelencia de la afirmación de sí soberbia y egoísta que caracteriza al pecado.

La Resurrección de Jesús Los testimonios pascuales expresan la convicción de que la resurrección, pese a desbordar las coordenadas del espacio y del tiempo, fue un acontecimiento tan verdaderamente ocurrido a Jesús como la misma crucifixión. Estos testimonios se nos han transmitido en fórmulas breves y fijas, kerygmáticas, como la de 1Cor 15,3-8, y en narraciones pascuales más desarrolladas. Estas últimas presentan una gran diversidad y falta de coincidencia en detalles relativos a cronología, topografía, número de personajes que intervienen... Así se pone de manifiesto una verdadera multiplicidad de testimonios que la Iglesia primitiva no hizo concordar artificialmente, y que coinciden en lo esencial: el Señor vive.

Las apariciones se encuentran en el origen de la fe en la resurrección; no fueron meras visiones; fueron interpretadas como tales apariciones porque el resucitado mismo se dio a conocer, como se desprende del voca-

bulario que emplea el Nuevo Testamento, y más gráficamente de los signos que Jesús da y que preceden y provocan el reconocimiento por parte de los discípulos (Lc 24,30-31; Jn 20,16; 21,6-7). Esa iniciativa del resucitado dio origen a la fe de los primeros testigos, sobre cuyo testimonio descansa la nuestra. Los testigos creyeron, pero la resurrección no fue producto de su fe, sino que ésta estuvo causada por el resucitado.

Jesús había vinculado estrechamente su causa con su persona. Si todo hubiese terminado con la crucifixión, su pretensión habría fracasado. La resurrección significa que el Padre da la razón a Jesús, y que, consecuentemente, el destino de los hombres sigue jugándose en la aceptación de Jesús y del estilo de vida que él adoptó. Esto es así porque el resucitado es el crucificado, el mismo Jesús que recorrió los caminos de Galilea: «Soy yo, no temáis».

La resurrección no significa una simple vuelta a la vida, como si se tratase de la reanimación de un cadáver. Jesús es el mismo, pero en unas condiciones totalmente nuevas de existencia; discípulos que lo habían conocido antes de padecer no reconocen al resucitado hasta que éste se identifica. Todas las dimensiones de su personalidad se ven inundadas por la vida del Dios que triunfa en la resurrección. Jesús entra en la plenitud del Padre.

No se trata simplemente de que se haya puesto de manifiesto la inmortalidad del alma de Jesús. La antropología unitaria de los judíos no concebía esta separación alma-cuerpo.

Este último también queda integrado en la realidad de la resurrección, sin que por ello se trate de una identidad física, ya que existe una diferencia de estado entre cuerpo histórico y cuerpo resucitado.

Hablar de cuerpo significa, en la perspectiva paulina, superar una visión individualista. El *sôma* es la persona entera en cuanto abierta a la relación; el «cuerpo espiritual» (invadido por la presencia del Espíritu Santo) remite a la comunión que se establece entre el Señor resucitado y los demás hombres. Si Jesús por su resurrección se encuentra «a la derecha del Padre» no por ello deja de estar con nosotros. Vive siempre para interceder en nuestro favor (Heb 7,25). Cuando la muerte sea definitivamente vencida y se realice la resurrección de los cristianos para la vida, esta comunión se encontrará estrechamente relacionada con la consumación del Reino que Cristo entregará al Padre (1Cor 15,24-28). Será la comunión de todos los que siguieron el camino de Jesús; comunión con el Señor resucitado en la plenitud de la vida del Padre que se nos comunica por el Espíritu.

Jesucristo, Hijo de Dios en sentido pleno Las comunidades cristianas fueron tomando progresivamente conciencia de la importancia de Jesús para la salvación. Lo llamaron profeta, siervo de David, Mesías, Salvador, Logos, Hijo de Dios, segundo Adán... Entre estos títulos sobresale el de Señor (*Kyrios*), traducción por excelencia, como ya sabemos, del nombre divino en la Biblia de los

LXX. En el Nuevo Testamento se atribuyó a Jesús el título de Señor con la misma naturalidad que a Yahveh en el Antiguo. En los Hechos de los apóstoles, expresión de las primeras experiencias cristianas, encontramos lugares en que *Kyrios* se dice de Dios y equivalentemente de Jesús (Hch 2,20-21; 3,20-22; 1,6; 2,36; 4,33; 7,60). Más importante aún es que a este Señor Jesús se le considera en la práctica, es decir, de manera anterior a cualquier planteamiento problemático, como dotado de prerrogativas divinas: se piensa en él como autor de la vida (3,15), capaz de perdonar los pecados (5,31; 7,60); se le atribuye dominio absoluto sobre todos los hombres (26,17). Se le tributa culto (9,14-21); se le dirigen oraciones (7,59), se le cantan himnos (1Tim 3,16), se le dedican doxologías (2Tim 4,18; 2Pe 3,18...).

Durante el siglo II los padres apostólicos consideran a Cristo como verdadero Dios. «Una persona física de carne y espíritu, engendrada y no engendrada, Dios en el hombre» (Ignacio de Antioquía); la Sabiduría es Dios mismo engendrado por el Padre del universo (san Justino); se atribuyen a Dios las palabras y sufrimientos de Cristo (Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía). El bautismo se celebra, como atestiguan la *Didajé* y san Justino, empleando fórmulas trinitarias que igualan al Padre y al Hijo en dignidad.

La polémica en torno a la divinidad de Jesús se desarrolla especialmente en el siglo IV a causa de la herejía arriana. El Logos-Hijo sería, según Arrio, hechura y producto del Padre,

creado de la nada con vistas a la creación del mundo. Tras muchas vicisitudes, también de carácter político, se impuso la confesión del concilio de Nicea (celebrado en 325), según la cual el Hijo único es engendrado por el Padre de su misma sustancia. No es una criatura que surja de la nada, sino que procede del Padre, en identidad de naturaleza con él. Esta identidad era definida por Nicea con el término *homoousios* (consustancial); con él se afirmaba la plena divinidad de Hijo, como también se deduce de las demás afirmaciones conciliares.

La insistencia unilateral en la divinidad de Cristo podría conducir a minusvalorar su humanidad. En el siglo V Nestorio quiso afirmar simultáneamente ambas realidades, pero no acertó a conjugarlas perfectamente en la unidad de un solo y mismo Jesucristo. El concilio de Éfeso (431) afirmó la unidad, en la misma persona, de ambas naturalezas divina y humana. Eutiques, en cambio, consideró que la unidad de Cristo se debía a que su naturaleza humana, al unirse a la divina, quedaba absorbida por esta última. El concilio de Calcedonia (451) declaró que existe «un solo y mismo Jesucristo... perfecto en su divinidad, perfecto en su humanidad, verdaderamente hombre..., dos naturalezas sin confusión..., sin división..., se reúnen en una sola persona» (DS 301).

Lo que los concilios afirman en términos de naturaleza ha de ser también mantenido en términos de historia. Por ser hombre perfecto, Jesús vivió perfectamente nuestra historia, y afirmar que él es Dios significa que un trozo de la historia de los hom-

bres, la que él protagonizó, ha entrado en Dios de manera tan irreversible que constituye una sola realidad con la de Dios.

Por eso la manera con que Jesús vivió adquiere una relevancia definitiva, imposible de sustituir por otra mediación de salvación. La única forma de salvarnos es vivir como Jesús vivió, pues es esa vida y no otra la que Dios ha unido irrevocablemente a la suya.

Por otra parte, si Jesús es Dios, en él tenemos la máxima expresión de la realidad misma de Dios. En Jesús se nos muestra un Dios interesado en la lucha contra el mal y contra la injusticia. Si unimos nuestra vida a Jesús —si lo seguimos, lo imitamos, si participamos en sus actitudes profundas— seremos imitadores de Dios y nos abriremos a su plenitud de vida.

Ésta es la razón por la que era necesario trazar rápidamente un bosquejo de la pretensión de Jesús y de su destino de muerte y resurrección, así como de la indisoluble unión entre su humanidad y su divinidad antes de subrayar el carácter tan señaladamente cristocéntrico de la espiritualidad marianista.

2 *Jesucristo en la espiritualidad marianista*

2.1. *En la Regla de Vida Seguir a Jesucristo* El seguimiento de Cristo

tal como se propone en el evangelio es la norma última y la regla suprema de todos los institutos religiosos (PC 2a). En la vida marianista nos comprometemos a «seguir de manera especial a Jesucristo, Hijo de Dios, hecho Hijo de María para la salvación de los hombres» (RV art 2). La expresión «de manera especial» evita toda comparación de superioridad respecto a otros estados de vida, y subraya la peculiaridad del seguimiento en la vida religiosa marianista. La expresión, significativa para nuestra tradición, «Hijo de Dios hecho Hijo de María», valora las dos dimensiones indisolublemente unidas en la misma persona de Cristo. Queremos seguir el estilo de vida de Jesús, y comprometernos como él con los hombres concretos y especialmente con los pobres. Este estilo de vida constituye la «norma última» y la «regla suprema» por haber sido definitivamente aceptado por Dios, ya que es la manera que su Unigénito tuvo de estar en la vida.

Otros lugares de la RV señalan también que el seguimiento es la finalidad de nuestra vida. La profesión religiosa se hace «para seguir más de cerca a Cristo en su misión salvadora» (79). Escogemos «seguir al Señor en la Compañía de María» (15); «por nuestra profesión religiosa seguimos a Jesús, que nos llama personal y comunitariamente a vivir las bienaventuranzas» (17); «confiando únicamente en Dios, respondemos a Jesús que nos llama a dejarlo todo y seguirle» (23).

El seguimiento se plasma en los aspectos concretos de nuestra vida. La «obediencia exige seguir al Señor por caminos que tal vez no hubiéramos

elegido personalmente, pero que nos liberan de egoísmos...» (31); es necesario cargar con la cruz y seguir a Jesús (62); los votos públicos de religión nos exigen «seguir a Cristo en comunión» (76).

Podemos seguir a Jesucristo porque Dios se revela en él, «que es su Palabra hecha hombre», y porque «por la fe aceptamos esta revelación y nos entregamos de corazón al Señor» (47). Jesús nos revela en su vida y en su enseñanza el valor de los consejos evangélicos; en consecuencia, «por los votos adoptamos una forma de vida semejante a la de Jesús y María» (16). «Cristo como plenitud de toda la Escritura nos habla en los textos sagrados» (54); por ello recordamos su advertencia de permanecer vigilantes (11).

El Señor no sólo se revela y nos habla, sino que nos llama de una manera propia (6.8; 6.13), según un plan que él tiene «para cada uno»; sólo si responde a ese plan llega la persona humana a su plenitud (69). En consecuencia hemos de estar disponibles para el Señor, como lo estuvo María, y siguiendo su ejemplo (8).

Conformidad con Cristo y participación en su vida Junto con el seguimiento, la RV indica varias veces la conformidad con Cristo como finalidad de nuestra vida. «Nuestro fin es llegar a la conformidad con él» (2). La dedicación perseverante a la oración..., nos acerca a nuestro fin: la conformidad con Jesucristo» (58). El término conformidad parece insistir en la participación en la vida íntima de Jesucristo. La fe y el bautismo la

hacen comenzar en nosotros (3); y «en cada Eucaristía damos gracias al Padre en unión con Cristo» (50). La liturgia es oración suya, y él, presente en la Palabra y en los sacramentos, nos asocia a la alabanza perfecta que tributa al Padre» (49). Al celebrar el sacramento de la unción pedimos al Señor que ayude al religioso enfermo a encontrar esperanza en la Cruz de Jesús (53).

Participamos de manera especial en su misterio redentor y en todo el misterio pascual del Señor (17). «Sometiéndose al Padre, Jesús redimió al mundo y fue glorificado: para participar de su obediencia, ofrecemos sin reservas nuestras voluntades a Dios» (29). «María, Madre de la Iglesia, participó con toda su alma en la obra de su Hijo.» Ella «es nuestra inspiración y modelo» (65).

Jesús fue formado en el seno de María por obra del Espíritu Santo (5). También nuestra participación en la vida del Señor es obra del mismo Espíritu, a cuya acción coopera María con amor de Madre (6). Por eso, en la oración mental, «dejamos que el Espíritu de Cristo tome posesión de nuestras vidas y nos llene de fe, esperanza y caridad» (55).

El tema de la participación, primordialmente interna, en los misterios de Cristo puede resonar en algunos artículos de la RV. Los misterios son los principales acontecimientos de la vida del Señor; la gracia nos une a las disposiciones interiores con que Jesús los vivió (cf I. NOYÉ, Jean Jacques, DIP, VI, 708-711). A lo largo del año litúrgico celebramos estos misterios (49), que se convierten en fuente de

oración personal y comunitaria (4.2). En unión con María «contemplamos los misterios de Cristo que nace, vive y muere y resucita para la salvación del mundo y la gloria del Padre» (57).

Otras expresiones del cristocentrismo marianista Varios artículos de la RV insisten en la *imitación*: «impulsados por el amor de Jesús a su Madre, nos entregamos a Ella» (6); «Como Cristo, Palabra Encarnada, queremos vivir con los hombres de nuestro tiempo y compartir sus alegrías y esperanzas, sus angustias y sufrimientos» (11); «Acogemos a los demás como Cristo nos acoge» (26); «Los que son llamados a ejercer una autoridad en la Compañía se consideran a ejemplo del Señor, servidores de sus hermanos» (44).

Queremos que Jesús sea «el centro de nuestras vidas» (48); lograr «la plenitud de Cristo» (83); establecer con él una «relación personal» que comunique estabilidad y fuerza a nuestro celibato consagrado (25). Éste a su vez nos obliga a crecer en «fidelidad al Señor» (21). Debemos, en fin, fiarnos como lo hizo María, «primera entre los que creen en Jesucristo» (7).

Cristocentrismo y vida comunitaria El Señor se encuentra presente en la comunidad marianista. No sólo por su presencia eucarística, especialmente venerada por la oración comunitaria (4.3), sino porque él mismo dice que «donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (37). «Cristo, presente entre nosotros, da inspiración y fuerza a la vida de comunidad» (37).

«Signos de la presencia de Cristo entre nosotros» son «la reconciliación, la ayuda mutua para superar nuestra debilidad y nuestros fallos, y la aceptación de los demás pese a las diferencias» (3.11).

En Jesús, que «vino a servir y no a ser servido», «todos somos hermanos» (44); «manifestamos nuestro amor al Señor concediendo un lugar preferente al amor a nuestros hermanos» (21). «Formamos una nueva familia fundada en el evangelio del Señor» (35).

Esta presencia de Cristo en la comunidad se relaciona con la acción del Espíritu. «La comunidad marianista quiere ser imagen de los discípulos de Jesús unidos a María y llenos del Espíritu Santo» (34). «El mismo Espíritu se manifiesta en una variedad de dones y ministerios complementarios» (12), de manera que cada cual pueda aportar su don para edificar el cuerpo del Señor. «Si cada uno de sus miembros es fiel al Espíritu, la comunidad entera crece hasta la medida de Cristo en su plenitud» (41).

Cristocentrismo y apostolado Si nuestra vida individual y comunitaria se centra en Jesucristo, nuestro apostolado consiste en dar testimonio de él, anunciarlo y transmitirlo. Se trata de «dar así (viviendo en comunidad de fe con un solo corazón y una sola alma) testimonio de la presencia de Cristo» (9); de hacerlo presente (69). De anunciar, sea cual fuere nuestro trabajo y actuando en nombre de Jesús, la redención de todos en Cristo (64); puesto que en todas las culturas hay grupos y estratos sociales en los que Cristo no ha sido anunciado todavía...

el amplio mundo del trabajo (de los medios de comunicación, las organizaciones de progreso social y cultural, educación permanente e investigación de progreso social y cultural, educación permanente e investigación científica) tiene que ser también penetrado por el mensaje de Cristo (5.22).

Nuestro objetivo apostólico es asistir a María con el fin «de formar en la fe a una multitud de hermanos para su Hijo primogénito» (6). Queremos «transmitir al mundo la liberación de Jesucristo» (11), que «Cristo tome posesión de nuestras vidas y a través de nosotros llegue a los demás» (23). «La contemplación del Señor y de su plan de amor sobre el mundo nos lleva a comprometernos en su misión salvadora» (56). Este compromiso puede realizarse también a través del trabajo diario, de la oración y del sufrimiento porque «cualquiera que sea nuestro servicio sabemos que la gracia salvadora de Cristo no tiene límites» (70). En fin, «nuestra vocación es una amistad con el Señor y con su Madre para ponerse al servicio de su misión» (6.9).

2.2 *En el pensamiento del padre Chaminade Seguir a Jesús* En un texto capital, la *Carta a los predicadores de retiros de 1839*, nuestro Fundador concibe la vida marianista como *seguimiento* de Jesucristo, como medio para alcanzar la *semejanza* más perfecta con él: «La Compañía de María y el Instituto de Hijas de María, como tienden, por su destino, a elevar

a sus miembros a la cumbre de la perfección cristiana, que es la semejanza (*ressemblance*) más perfecta con Jesucristo el divino Maestro, les proponen caminar en seguimiento (*marcher à la suite*) del Salvador que fue pobre, casto, obediente hasta la muerte, y obligarse para ello, mediante la santidad suprema de los votos, a la pobreza, a la castidad virginal, a la obediencia evangélica» (EF, I, 441). También el *Institut de la Société de Marie* observa que Dios Padre nos ha dicho al enviar a Jesús a la tierra: «Seguidlo, imitad sus acciones, id a él, id junto a él, nunca os perderéis caminando sobre sus pasos...» (EF, I, 455).

Conformidad con Cristo Son muy numerosos los textos del tiempo del padre Chaminade que nos hablan de la conformidad con Jesucristo. Así en el artículo 4 de las Constituciones de 1839: «La perfección cristiana que la Compañía de María se propone como primer objeto, consiste esencialmente en la más exacta conformidad posible con Jesucristo, Dios hecho hombre para servir de modelo a los hombres» (EF, I, 438). En otros lugares de las mismas Constituciones se observa que cuanto más se entrega un religioso a la oración mental, más se aproxima a su fin que es su conformidad con Jesucristo; los marianistas deben estar continuamente crucificados al mundo y a ellos mismos para ser conformes a Jesucristo... nada mejor puede suceder al discípulo que parecerse (*ressembler*) a su Maestro. En el retiro de 1822, el Fundador había afirmado que «la gran señal de la predestinación es la semejanza (*ressem-*

blance) a Jesucristo, y la vocación se hace más cierta a medida que aumenta el deseo de parecerse a Jesucristo» (EF, I, 381).

Participar de la vida de Cristo Esta conformidad o semejanza supone y conduce a participar en la vida de Cristo: «Lo propio del cristiano es revestirse en su interior de las inclinaciones, costumbres y virtudes de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum*». «No morimos sino para vivir; todo el cristianismo, toda la perfección consisten en esta muerte y en esta vida. Es la doctrina de San Pablo: *Existimate vos mortuos quidem esse peccato, viventes autem Deo in Christo*» (EF, I, 368).

El religioso «no debe *sentir* en él más que a Jesucristo y lo que Jesucristo ha sentido» (EF, I, 441; subrayamos nosotros). «¿Cómo ha juzgado Jesucristo? ¿Qué es lo que Jesucristo ha deseado? ¿Qué es lo que él ha amado y cómo lo ha amado? ¿Cuáles han sido sus sentimientos y disposiciones? *Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu*» (EF, I, 442; cf también 445).

Gracias al Espíritu Santo Es el Espíritu de Jesucristo quien nos hace «vivir de la vida de Jesucristo y nos conforma enteramente a nuestro divino modelo» (EF, I, 440). La vida espiritual no es otra cosa que la vida de Jesucristo, la vida conducida según el Espíritu de Jesucristo. Éste es el Espíritu Santo a quien Jesucristo se encontraba perfectamente sometido. También el principio de nuestra vida será el Espíritu Santo, «actuante en

nosotros para hacernos llevar la vida de Jesucristo. El Espíritu de Dios no nos anima desde el momento de la Encarnación más que como animó a Jesucristo... De manera que si uno vive la vida de Jesucristo, uno piensa como él, ama lo que él ha amado, se pone en su seguimiento» (EF, I, 445). «Ya que no formamos más que un mismo cuerpo con Jesucristo está claro que debemos estar animados de su espíritu, es decir, del Espíritu Santo» (EF, II, 956). Jesucristo mismo nos comunica su Espíritu: «El misterio de Jesucristo es por tanto el comienzo, y como el canal por el cual, recibiendo la participación del Espíritu Santo, somos unidos a Dios y santificados» (EF, II, 956).

Mediante la fe Ahora bien, «el Espíritu de Jesucristo no opera en nosotros la conformidad con el divino modelo, sino en proporción con nuestra fe» (EF, I, 207). «Es también la fe... quien nos hace concebir a Jesucristo en nosotros mismos: *Christum habitare per fidem in cordibus vestris*... «Como María concibió por la fe a Jesucristo en el orden natural, podemos concebirlo muy realmente por la fe en el orden espiritual» (EF, I, 224). El padre Chaminade fundamenta de manera profundamente teológica esta presencia de Cristo en nosotros por la fe: «Si la luz de la fe es el Verbo de Dios, si por ella es el Verbo adorable quien se digna venir a habitar en nosotros, se comprende que la fe, la convicción que resulta de la impresión de esta luz, es precisamente la unión de Jesucristo con nosotros: unión que llega hasta transfor-

marnos en Jesucristo». Por la fe pensamos, sentimos, queremos y actuamos como Jesucristo, porque por ella Jesucristo se une a nuestro espíritu, a nuestro corazón y a nuestra voluntad (EF, I, 243). A un religioso que se desanimaba por no tener éxito en su trabajo espiritual, el Fundador advierte que la fe es el medio para sacar agua de la fuente de todas las gracias, que es Jesucristo que se encuentra en nosotros, y que nos pertenece (EF, I, 219). Por la fe los «tesoros» de Jesucristo pasan a ser nuestros... Si somos orgullosos, si no tenemos paciencia, podemos curar aplicándonos mediante la fe el bálsamo de las humillaciones y sufrimientos de Jesucristo.

La función maternal de María A la acción del Espíritu coopera María con amor de Madre (RV 6). Éste es un pensamiento muy querido al padre Chaminade; es necesario «obtener más y más por María los rasgos de conformidad con Jesucristo que opera el Espíritu de Jesucristo» (EF, I, 440). «El amor tan ardiente que María nos tiene se refiere por completo a la conformidad con su Primogénito; y su ambición, toda su ambición es que todos los hijos que su caridad ha engendrado después de él, le estén tan unidos, que no hagan con él sino un mismo Hijo, un mismo Jesucristo» (*ibidem*). «Jesucristo ha querido formarse en el seno virginal de María a semejanza de nosotros, y es ahí de manera análoga donde debemos formarnos nosotros a la suya.» «María con un amor inconcebible nos lleva siempre en sus castas entrañas hasta

que habiendo formado en nosotros los primeros rasgos de su Hijo, nos dé a luz como a él. María no cesa de repetirnos estas bellas palabras de san Pablo: (...) Hijitos que yo querría dar a luz hasta que Jesucristo sea formado en vosotros» (EF, I, 112).

Cristocentrismo y vida religiosa Para vivir en Cristo abrazamos la vida religiosa. «Al pronunciar sus votos, el religioso muere a la vida de Adán y comienza a vivir la vida de Jesucristo: *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*. Ya no es él quien vive sino Cristo quien vive en él: *Vivit vero in me Christus*. Jesucristo viviendo en nosotros anima todas nuestras acciones y de alguna manera las diviniza: ¡qué puede haber más bello y más noble!» (EF, II, 470). La profesión religiosa nos hace no sólo morir, sino también resucitar como Jesucristo y con Jesucristo (EF, II, 494).

La vida consagrada encuentra, pues, su modelo en el Señor Jesús, primer religioso y adorador del Padre por excelencia. «¿Queremos practicar la religión aquí en la tierra de la misma manera que se practica en el cielo? Unamos nuestros corazones al corazón de Jesucristo. La unión a Jesucristo para alabar, bendecir y adorar a Dios en él, con él y por él es justamente llamada religión práctica del cielo y de la tierra. Jesucristo es mediador de la religión en el cielo y en la tierra. *Per quem majestatem tuam laudant angeli... Et ideo cum angelis et archangelis... hymnum gloriae tuae canimus*, etc. Jesucristo es el único servidor digno de Dios, el único que rinde a Dios un homenaje digno

de él» (EF, I, 321). Practicar los deberes de la religión (adorar a Dios, agradecerle sus beneficios, implorar su perdón y pedirle su gracia) en unión con Jesucristo constituye una excelente oración. «Uníos a este digno y único adorador que lo hará todo por vosotros; reposad en él, complaciéndoos en lo que es y en lo que hace, en el honor infinito que él tributa a Dios» (EF, I, 344; cf 363). Orar en nombre de Jesucristo es pedir por su mediación e intercesión, en virtud de sus méritos... es invocarlo, recurrir a su ayuda desde el fondo del corazón (EF, I, 350).

Al hablar de la oración, la RV 58 nos advierte, refiriéndose a Jesucristo, que «por él, con él y en él el Espíritu nos conduce a la comunión con el Padre». Estas palabras son como un eco de las del padre Chaminade que repetidas veces se refiere a esa fórmula litúrgica. «*Per ipsum*: pedimos que nuestra oración sea presentada por Jesucristo. *Cum ipso*: oramos con él, ofrecemos con él la misma oración. *In ipso*: debemos estar incorporados a Jesucristo, debemos ser miembros vivientes suyos» (EF, I, 350. Ver toda la página 447 de ese número 350; ver también EF, I, 363).

En suma, «toda la religión cristiana está fundada sobre Jesucristo, todo el culto y todo el honor que rinde a Dios, toda la doctrina que enseña, todas las reglas que prescribe, todas las promesas que hace, todas las enseñanzas que da, tienen su fuente en Jesucristo» (EF, I, 244). Por consiguiente, el religioso debe modelar su vida según la de Jesucristo (EF, I, 184).

Para llevar una vida espiritual no basta con seguir una regla, ni con abstenerse de los placeres del mundo. Es preciso una vida que sea la del Hombre-Dios (EF, I, 445).

Se trata de no desear más que a Jesucristo, de no buscar y amar sino a Jesucristo, de no querer vivir más que de Jesucristo y para Jesucristo y de sacrificarlo todo a Jesucristo. Que Jesucristo sea todo para nosotros y nosotros todo para Jesucristo. Se trata de no gozar sino en Jesucristo; de no hablar, ni pensar, ni actuar más que para Jesucristo. Hay que hacer reinar a Jesucristo en nosotros, y reproducir por la práctica constante de todas las virtudes, las actitudes mismas de Jesucristo (EF, I, 446).

Imitar a Jesucristo El padre Chaminade propone la imitación de Jesucristo como finalidad de los marianistas: «La Compañía no tiene esencialmente más que un solo objetivo que es la más fiel imitación de Jesucristo», de la cual el punto más saliente es la devoción a María (EF, I, 339-340). «... imitar a María es imitar a su adorable Hijo, fin capital de nuestra gloriosa vocación (EF, I, 179). «¿Cuál es esta alta perfección a la cual quiere y debe tender la Compañía de María? Esta perfección es la imitación fiel de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios y de María» (EF, I, 454). Ya en sus notas autógrafas de Mussidan, Guillermo José había observado que esta imitación debe llegar hasta que Cristo sea formado en nosotros, hasta la conformidad con su imagen» (EF, I, 442).

No se trata de ningún intimismo, como si la vida de Jesucristo, encerra-

da en nuestro interior, fuese compatible con cualesquiera actitudes externas. Hay que estar dispuesto a sufrir toda suerte de menosprecios, persecuciones y humillaciones. «Si no podemos hacer todo lo que Jesucristo ha hecho, porque nunca un hombre ha sufrido ni sufrirá como él ni tanto como él, es preciso al menos que nos guste vivir como él, pobres, despojados de todo, faltándonos incluso lo necesario». Si tenemos el Espíritu de Jesucristo tenderemos a la austeridad en el vestido, en el mobiliario, en la alimentación, en el empleo que hagamos de las cosas a nuestro uso. Parecidas observaciones extendidas a las reacciones externas hace el padre Chaminade respecto de la obediencia (EF, I 380). De manera análoga, la participación en la Cruz de Jesucristo implica penitencia, obediencia y abnegación. Actitudes que se expresan también exteriormente de manera bien concreta (EF, I, 381).

Cristocentrismo y comunidad El padre Chaminade vio muy claramente que el fundamento de la unidad de los marianistas entre sí y de cada comunidad concreta se encuentran en Jesucristo.

La unión entre los marianistas debe ser una de las características del Instituto. Entre ellos no debe haber más que un solo corazón y una sola alma. Esa «unión se realiza totalmente en nombre de Jesús y de María». «Que el amor de Jesucristo nos una siempre» (EF, I, 89). «Miembros de una misma familia todos debemos amarnos como hermanos, no teniendo más que un corazón y un alma. La unión

hace la fuerza: esta verdad... no tiene su realización completa más que en el seno del cristianismo, porque únicamente en Jesucristo se encuentra nuestra fuerza y nuestra vida» (EF, II, 731). Uno de los deberes hacia Cristo nuestra cabeza es hacerlo todo y sufrirlo todo para conservar la unión de todos los miembros de la Compañía de María, y especialmente de una misma comunidad (EF, II, 681). Ya a los congregantes les decía que no formaban «más que una sola familia, no sólo como Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y miembros de su Cuerpo místico, sino también como hijos de María...» (EF, II, 657).

El último fundamento de esta unidad se encuentra en la doctrina del Cuerpo místico de Cristo, que hunde sus raíces en la misma vida trinitaria de Dios. El padre Chaminade advierte a los congregantes que la incorporación a la Congregación hace que la circulación del Espíritu de vida que sostiene y santifica a todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo se realice de manera más activa y abundante entre el nuevo hijo de María y sus numerosos cohermanos (EF, II, 695). «... no formamos con Jesús más que un único Hijo, un único Cristo, un cuerpo del que él es la Cabeza y nosotros los miembros» (EF, I, 106). El mismo Espíritu que en la Trinidad une las personas divinas entre sí, une los fieles a Jesucristo para que no hagan más que un cuerpo con él, y todos juntos no tengan sino un solo corazón y una sola alma» (EF, II, 958).

Cristocentrismo y apostolado Basta con lo dicho para comprender que el

apostolado marianista encuentra en Jesucristo su principio y su contenido. Las Constituciones de 1839 así lo explicitan. «El celo por la salvación de las almas, motivo del segundo fin de la Compañía, es uno de los rasgos característicos de este divino modelo» (art 5). «... el celo por la salvación de las almas es una consecuencia inmediata del proyecto que la bondad de Dios nos ha inspirado, de conformarnos con su gracia a semejanza de Jesucristo, y de entregarnos a María como humildes servidores suyos y ministros. Jesús, que ha derramado toda su sangre por la salvación de los hombres; María, que ha llegado a ser Madre de ellos al pie de la cruz, ¿qué pueden querer sino que nos inmolemos para salvar las almas que les son tan queridas?» (art 252). Hay que trabajar «con la solicitud y la mansedumbre de Jesús y de María» para curar a quienes el error o el vicio han pervertido (art 253). Cuando un religioso es encargado de una clase o de una escuela se representa a Jesús y María que le confían a esos niños, diciéndole: la voluntad de vuestro Padre celestial es que ninguno de estos niños perezca (a. 259).

En el primer método de enseñanza se había escrito: «Se dedica uno mucho a hacer que los niños conozcan bien a Nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre que es también la nuestra» (EF, III, 274).

José Ramón García-Murga SM

BIBLIOGRAFÍA

J. I. GONZÁLEZ-FAUS, *La humanidad nueva. Ensayo de Cristología*, Barcelona 1974, 2 vols; W.